

Lo vas a hacer mal

La relación que tenemos con el error es hoy en día tan infantil como un caballo de peluche

MARTA SAN MIGUEL



Uno de los mejores consejos que he recibido me lo dio un pediatra. Llevaba semanas sin dormir, la criatura no dejaba de llorar ni dormido, y lo peor es que había un hermano mayor pululando por casa como muestra de que todo lo que hacemos como padres tiene una repercusión en ellos. ¿Qué hago?, le pregunté. Sentada ante aquel pediatra que peinaba canas y tenía la consulta llena de libros viejísimo en vez de pegatinas de dibujos sonrientes, bebés de ojos grandes y productos farmacéuticos, esperé la receta infalible. Pero el hombre, sin complacencia ni paternalismo, me soltó desde el otro lado de la mesa: «No te preocupes, hagas lo que hagas, lo vas a hacer mal».

No sé si cada uno de nosotros, cuando asumimos nuestro rol en el mundo, nos calzamos las botas pensando en eludir los errores, pero creo que nos define más qué hacemos cuando fallamos, que la consecución de aciertos. Esta mentalidad de tenista sin embargo no funciona siempre, y para muestra, lo que tenemos alrededor. Hay de todo: desde la negación del fallo, como sucede en cada noche electoral, hasta la celebración del error, como hicieron los chinos cuando fabricaron el peluche de un caballo para celebrar su año nuevo y un error de fábrica le puso la sonrisa al revés; el caballo triste se convirtió en un fenómeno viral que arrasó en las tiendas.

Aquel fue un error rentable. Pero hay errores mortales, errores evitables, errores que arrastran generaciones enteras, errores que dinamitan cualquier conjugación de un verbo en futuro y otros que evidencian una manifiesta incapacidad para el rol que te ha tocado ejercer. Sin embargo, el mayor error es precisamente la banalización del fallo, hacer del tropiezo una libre interpretación de los hechos como haría un niño en la consulta de un pediatra por tragarse una canica. Y en esas estamos, me temo. Solo así se explica la infantilización de la política que estamos viviendo y los gestos de rabieta pàrvula que nos llegan desde el Despacho Oval.

Joe Kent, el director del Centro Nacional de Contraterrorismo de Estados Unidos, ha abandonado su cargo «por conciencia», al no poder apoyar la guerra contra Irán. «Este país no representaba ninguna amenaza inminente para nuestra nación», dijo. «Está claro que comenzamos esta guerra debido a la presión de Israel y su poderoso lobby en Estados Unidos», argumentó en una misiva que su exjefe no tardó en vilipendiar. Y eso que Kent es un ferviente trumpista, que aplaudió el asalto al Capitolio en 2021 y consideró fraudulenta la victoria de Joe Biden. Ahora, el alumno ha señalado el error al maestro, pero nada está mal, no te preocupes.



LA TRIBUNA

Irán en el Medio Oriente: Cultura, religión y política

FRANCISCO J. CARRILLO

Académico Correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

El ataque a Irán no fue autorizado por el Consejo de Seguridad de la ONU, única instancia internacional habilitada para hacerlo conforme al artículo 42 de la Carta de las Naciones Unidas. Desde este punto de vista, es ilegal. La otra posibilidad de legalidad (y no hay más) es la de la guerra defensiva (artículo 51 de la mencionada Carta) cuando un país se siente atacado por las franquicias de un Estado que esgrime el terror en su interior y alienta el terrorismo en el exterior. Este es el argumento de defensa legal de Israel y sus aliados sobrevenidos para justificar el ataque a Irán y a sus activos satélites chiíes, el Hezbolá del Líbano y los Huties del Yemen. El arsenal atómico y los misiles intercontinentales de las superpotencias están dictando, 'de facto', las normas que regulan las relaciones internacionales al margen de la ONU. ¿Se está empujando al planeta, con sus ocho mil millones de personas concretas en su mayoría sufriente, a ser tributario o abducido por el mal?

En el Mediterráneo oriental y en el Golfo Pérsico se concentra, en tiempo presente, la mayor fuerza de destrucción inimaginable. Ese poderío pretende ganar una guerra a Irán. Esta operación militar puede llevar años tras la eventual firma de un armisticio en un terreno de operaciones de edad milenaria y no desprovisto de enraizada cultura, incluso de cultura tecnocientífica. Y con la religión radicalizada como factor político autocrático. Puede que exista algún atisbo de esperanza pacificadora, ya que los antiguos enemigos de Israel hoy están 'coaligados' contra un enemigo que les envía misiles y drones destructivos. ¿Derivará de esta guerra la coexistencia pacífica entre Palestina e Israel; el renacer del proyecto del 'Pacto de

Abrahán', (que torpedeó Hamás); las relaciones diplomáticas y de cooperación entre Israel, Arabia Saudí, Baréin, Omán, Emiratos Árabes Unidos, Catar, Sudán, Irak, Siria y los cinco países del Magreb árabe (Marruecos, Mauritania, Túnez, Argelia y Libia una vez pacificada)? Y un futuro Líbano con Hezbolá desarmado; un Yemen unificado con los también yemenitas Huties, desarmados e integrados en la gestión del país; y con un Irán, reconectado con su tradición democrática, que vuelva a tomar las riendas del Estado que modernizó Mosaddeq (1956).

Hay un componente en el mundo árabe que no se puede descartar del análisis: La religión, que en ese contexto es 'política' (como lo fue en la reconstrucción de Europa tras la II Guerra Mundial, la Democracia Cristiana). Una salida a la guerra de Irán no será similar a la impuesta por Trump a Venezuela. Los noventa millones de iraníes ansiosos de libertad, amenazados por la teocracia atroz a la que están sometidos, no lo tolerarían; actitud extensible a todo el mundo árabe, cuyas descolonizaciones son demasiado recientes. Mientras los indios vivían en paz como población 'americana', los arabo-musulmanes de aquellas épocas habían construido La Alhambra, Medina Zahara, Al-Aqsa en Jerusalén, la Mezquita de Keruán, las cosmopolitas Bagdad, Damasco y Fes, el esplendor arquitectónico de Ispahán, Samarcanda, Topkapí, y fueron pioneros en las ciencias, la medicina, los instrumentos de navegación, el diseño, la poesía, la música y la transmisión cultural de la filosofía de la Grecia antigua. Pueblos de análoga identidad civilizacional. Sin embargo, las guerras de Independencia de los Estados Unidos se llevaron a cabo por inmigrantes de aluvión, enfrentados entre ellos y con-

tra los indios vernáculos. Algo semejante aconteció con los primeros agricultores criollos en América latina y las comunidades indígenas originarias, incluso durante las guerras independentistas contra España en el siglo XIX, con la salvedad de que España había dejado sólidos pilares culturales y de modernidad de los que se nutrieron los criollos de la Independencia, como Simón Bolívar.

La historiografía fija el siglo VI a.C. como el origen de la civilización persa en el actual territorio (veintisiete siglos de historia), y los orígenes del judaísmo en el IV milenio a.C. Los Estados Unidos de América, se instauran con la Constitución de 1787, poco más de dos siglos de historia. El Acta de Independencia de Venezuela se firma en 1811, poco más de dos siglos de historia moderna.

A veintisiete siglos de historia persa le es muy difícil digerir un modelo de gobernanza desde el exterior (como se ha hecho con Venezuela). En Irán sería un fracaso de Trump, buscador de ayatolá negociadores que no los encontrará. Parece Israel lo tiene más claro: la pacificación del Próximo y Medio Oriente, con fronteras seguras y relaciones diplomáticas con los Estados árabes, incluyendo un Irán democratizado. Dentro de estas coordenadas se regresaría a la mesa de negociaciones para la creación formal y territorial del Estado Palestino.

En el Medio Oriente seguirán perpetuándose hasta la llegada de laicidad compartida, patriarcas, beatitudes, ayatolá, obispos, rabinos, cardenales, grandes mufties, imames, curas y monjas, misioneros de las religiones monoteístas. Un ejemplo: En el Líbano democrático, siempre el presidente de la República es cristiano; el primer ministro, musulmán suní; el presidente del Congreso, un musulmán chií. Revelador.

PASO CORTO, VISTA LARGA
ROBERTO LÓPEZ

Realidad alucinógena



La realidad es una alucinación. La luz no tiene color; las ondas que se mueven en el espacio no tienen sonido y las partículas de los alimentos que comemos no saben a nada. Todo lo fabrica el cerebro en la penumbra de su laboratorio. Nosotros creemos ver rojo, oír un trueno, saborear un buen tomate, pero en verdad lo que vemos, oímos y saboreamos es solo una interpretación. Un acuerdo íntimo entre los sentidos y la imaginación. Lo dicen los neurocientíficos.

Quizás por eso el mundo anda tan confundido. Porque cada cual vive en su propia versión, como si todos lleváramos unas gafas distintas. Uno abre el móvil y descubre que el planeta es una sucesión de relatos incompatibles: guerras que

para unos son defensas heroicas y para otros resultan invasiones intolerables; discursos que unos llaman liderazgo y otros, estruendo; señores de ochenta años jugando con nuestro futuro o sabios irredentos e impenitentes.

Ahí está Trump, por ejemplo, convertido en un personaje que para millones es un salvador y para otros tantos, el síntoma de esta enfermedad. Y alrededor, una corte de charlatanes que hablan, sin cesar, como si cada palabra fuese definitiva, cuando en realidad todos estamos interpretando las mismas ondas invisibles que atraviesan el aire. La realpolitik se parece cada vez más a una sala de espejos: cada uno ve lo que quiere ver y así vamos.

Las redes sociales han terminado de perfeccionar el truco del prestidigitador. El algoritmo nos sirve un menú de realidad a la carta. Si uno cree que el mundo se hunde, las noticias confirmarán que el mundo se hunde. Si otro está convencido de que toda marcha de maravilla, no hay problema, así es. La realidad convertida en un bufé libre. Quizás por eso conviene desconfiar un poco del relato y quedarnos con lo verdaderamente real: lo pequeño, el detalle silencioso y obstinado, lo que no necesita explicación...

La vida sigue más allá de las pantallas y las grandes decisiones. El café de la mañana, el abrazo al llegar a casa, la conversación distraída con una amiga en una terraza, la sonrisa de un niño o un anciano... Pequeñas certezas que no necesitan interpretación porque simplemente pasan. Quizás la realidad sea, en efecto, una alucinación. Lo dicen los neurocientíficos. Quizás sea verdad que vivimos en un mundo hostil, extraño e irreconocible. Quizás sea así, no tanto porque haya cambiado demasiado sino porque ya nadie mira en la misma dirección.